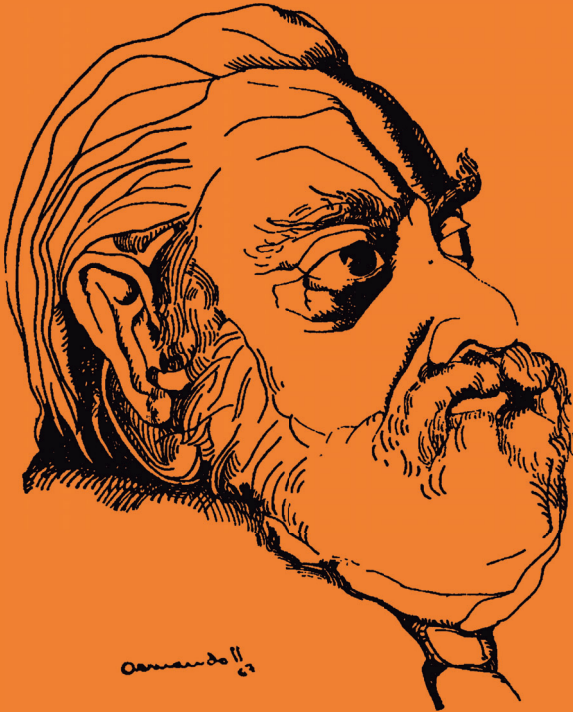


De soledad y otros pesares

Pedro Garfias



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

De soledad y otros pesares

De soledad y otros pesares

PEDRO GARFIAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL

Rogelio G. Garza Rivera
Rector

Carmen del Rosario de la Fuente García
Secretaria General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: editorial.uanl@uanl.mx
Página web: editorialuniversitaria.uanl.mx

Primera edición, 1948 (DASU)
Segunda edición, 1990 (Conaculta)
Tercera edición, 2017 (UANL)

© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Herederos de Pedro Garfias Zurita

ISBN: 978-607-27-0720-7

Reservados todos los derechos conforme a la ley.
Prohibida la reproducción total y parcial de este texto
sin previa autorización por escrito del editor.

Impreso y hecho en Monterrey, México
Printed and made in Monterrey, Mexico

A Monterrey.
A la Universidad de Nuevo León.
Con mi gratitud y afecto.

Junto en este volumen tres etapas, distintas y distantes, de
mi poesía.

“El Ala del Sur” versos escritos del año 1918 a 1923, en
Madrid y Sevilla.

“Primavera en Eaton Hastings” poema compuesto en In-
glaterra durante los meses de abril y mayo de 1939, a raíz
de la pérdida de España.

Lo demás pertenece aquí, a México y Monterrey; lo debo
a mi segunda y amada Patria.

EL ALA DEL SUR

Pueblo

Mi corazón temblando bajo el ala del sur.

Desde la Colegiata, alta como una frente,
es grato componer y descomponer
el rompecabezas del pueblo:
los suspiros claros de las casas,
las plazas de ancho aliento
y esos viejos murguistas de las torres,
ciegos y altivos.

Mansión

Mi casa es como un fruto.
Se abre a la luz en gajos blancos y finos.
Sus paredes bruñidas se ofrecen puras a mi gozo.
Y sus columnas indomables
tienen la gracia ágil de mi bastón.
La noche en ella es breve, blanda,
Apenas una oscura venda para los ojos.
Pronto el sol llama a nuestro sueño, con golpes bruscos.
Sol seco y fuerte como un vino.

Sol

Del azul cuajado del alba,
como un surtidor invertido,
brota espontáneamente el sol
Ni las casas enjalbegadas
ni los cristales
ni tus ojos lo quieren.
Resbalando aquí, rebotando allá,
viene a caer sobre la dulce tierra
y la traspasa.

Mañana

Cada paso nuestro, amiga,
rasga la carne tierna de la mañana.
Se la siente crujir y desgarrarse,
aún se desanjaría,
si no llegase pronto la brisa
dulce como una mano, a calmarla.

Paseo

La carretera es recta como una vocación.
A ambos lados hay árboles
que bambolean la brisa en sus brazos
y pájaros erguidos sobre sus trinos certeros.
Al frente
una montaña brotada de caseríos frescos
en los que mis miradas apacientan
resbalando por el aire cernido.

Nocturno

Recuerdo que las sombras tenían
aquella noche
el color de tus pupilas.
De esta manera yo me sentía
como mirado mil veces por ti
y enajenado
de sentir tu mirada en todo mi cuerpo.
Suspendida de las ramas más altas
amorosamente extasiada,
la brisa contenía su aliento.
¿Eran las nueve...? ¿Eran las doce...?
Quién habría podido pautar
aquella noche tersa y azul,
inmenso suspiro del cielo.

Novia

Tus ojos tienen la profundidad
de los espejos.
Muy a lo hondo de tus miradas
hay un paisaje verde, acribillado
por las mil flechas de la brisa.

Tus trenzas tienen el retorcimiento
de los pecados.
Pero son inocentes.
Bajo mis manos palpitaban
mansas y humildes como corderos.

Tus piernas son altivas y castas.
Serenamente te alcanzan sobre la vida
y amansan su oleaje
como dos rompeolas.

La serpentina de tu risa
que pintó de colores al viento
aprisionó en su jaula la tarde
como un pájaro deslumbrado.

Tu voz es para mí como la música
de las estrellas para los oídos
embelesados de las sombras:
que la escuchan toda la noche sin fatiga.

A esta luna esponjada y plumada
como pavo real
tu voz tiene calor y ritmo de paloma.

Honda guarida de tus manos
para mi corazón.

Cuando tú pasas
callan los cascabeles de las horas
porque el tiempo
de las mil colleras vibrantes
se inmoviliza
como un corazón extasiado.

Ciudad

Bullía en su copa la noche
burbujeada de luceros.
Lentos gritos perdidos la recorrían
palpando aquí y allá las sombras
hasta hallar una, profunda y tierna,
donde cobijarse.
Sabiamente
el viento pulsaba las calles,
tensas y vivas.
A lo lejos
sobre el horizonte
glogloteaba el día
como un agua presa.

Evocación

Un álamo cernía el sol
y lo espolvoreaba en su nuca
suave y pálido como un aliento.
Ella sentada, firme y dulce, sobre la tierra.
Yo tendido, con toda mi vida,
mi cabeza en su falda y un brazo suyo
como una rama dócil sobre mi cuello.
Mi corazón y el tiempo justos, acompasados.

Luego acelera el tiempo su corriente,
se precipita todo compacto
como un bloque de hielo flotante.

Arden mis mejillas al roce vivo, continuado,
de los días y de las noches.
Mi corazón se acongoja detrás.

Y abro los ojos.
Un cielo asfaltado, frío, de gran ciudad,
y un airecillo vivaz y desnudo como un pilluelo.

A mi alrededor
extendida por todo el mundo
una gran soledad.

Mi corazón temblando bajo el ala del Sur.

ACORDES

Cómo os habrán punzado
miradas mías los ojos esquivos
que tornáis
sangrantes las alas
a vuestro nido

Miradas que tembláis
como dos surtidores,
cómo os habrán herido

Tus miradas en flor
Las horas arden en la lámpara
Y llueve silencios mi frente apagada

Pon en mí frente tu mano
y halágame esta aspereza
de sueño desmelenado

Entre el cortejo de tus risas pasa
mi voz enlutada

Mis manos
mis manos fatigadas
de hurgar en la maraña de los días
entre mis manos canta
el cascabel de la hora fugitiva

Bajo sus pies florecía
la mañana
y en sus cabellos traía
la luna clara

la clara luna
intacta

Ni una hoguera en la noche
para mis pobres sueños ateridos

Mi corazón iba de pecho en pecho
Pájaro perdido

Se deshoja la brisa entre mis dedos
y un murmullo de estrellas
hace vibrar las cuerdas del silencio

Mi corazón canta como una esquila

De mi balcón flotante
fui colgando tus besos

Y ahora todas las noches
repican con el viento

El sol ha tendido su red
Mi corazón Mi corazón
es un pez rojo entre las mallas

Sobre una rama canta el día
sobre una rama

Van quedándose atrás
mis pasos pensativos
y en la mañana tierna cada hora que pasa
me deja su rama de olivo

Era tan blanca que en la sombra ardía
como una antorcha Su pureza
segaba las espigas de los ojos
Y enmudecía las estrellas

RITMOS CÓNCAVOS

Domingo

Los campanarios
con las alas abiertas
bajo el cielo combado

En los cristales
hay bandadas de luz

Y coplas anidadas en los árboles

Las veinticuatro horas
cogidas de la mano
bailan en medio de la plaza

Y el sol alborozado voltea la mañana

Luz

Viento bajo tu halago
el bosque se ha desperezado

Y la mañana virgen
amiga de la hermana
llamando en los cristales
me despertaba

Aleluya

Los pájaros han tejido
en mi ventana
su enredadera de trinos

Madrigal

Sobre tu falda
el sol el viento y la montaña

Tú

Bajo tu mano tiemblan los horizontes

Y mis miradas
canes agudos tendidos a tus pies

Tú

Hasta la noche se ha hecho luz

Caminante

Los horizontes
 fluían de sus ojos

Traían rumor de selvas en el pecho
y un haz de sueños rotos
sobre sus hombros trémulos

La montaña y el mar sus dos lebreles
le saltaban al paso

La montaña asombrada
y el mar encabritado

Tormenta

Rota la arboladura
las nubes perdieron su ruta
Y el horizonte avanza como una escarpadura

Las horas

soles apagados

ruedan

por el azul

al mar

Yo solo con la noche

Las nubes deshojándose

Y el viento rezando los árboles

Primavera

Primavera

Las flores pulsán sus cuerdas

Y los niños
ruedan las horas
como aros

La primavera ha volcado sus canjilones
y han saltado las venas de los árboles

árbol caja de música

El corazón del mundo ha perdido el compás

Plenilunio

Todas las rosas
abiertas las espigas
fluyen entre tus dedos

Mira amiga la noche encorvada bajo los luceros

Tapad la luna que se derrama

Los surtidores juegan entre los árboles
los surtidores finos como espigas

Y mis labios hacen cantar tus mejillas

Mar

Todos los pueblos
volando sobre el mar
volando sobre el mar encadenado

menos tú pueblo mío
bajo mi frente anclado

Las banderas del viento cantan sobre las olas
Y de los hombros de los horizontes
cuelgan mantos de espuma

Mar

El mar es una estrella
la estrella de mil puntas

Angelus

Las carreteras
han detenido el paso para orar

Y mis brazos al cielo
paralizan el tiempo

Montaña naufragada en la llanura
y en el silencio hondo como el mar
con el filo de tu cresta
has guillotinado al sol

La tarde se desangra como un gladiador

Silencio

Tus palabras flotando como góndolas

En el silencio
cantan los pájaros huérfanos

Y entre mis manos tiembla tu recuerdo

Calla

Sobre el paisaje desnudo
el silencio se abre como una página

Sur

Bajo mis labios tiembla la mañana

Alegría

abre la jaula de los árboles

y exprime el mar sobre mi frente florecida

Los pájaros golpean el tambor de la montaña

y el sol reverdecido canta en los aleros

Mira

La montaña inflada alza el vuelo

Crepúsculo

Por la montaña arriba
el día

hormiga blanca

Las horas saltan como cuerdas

Toda la tierra
toda la tierra abierta como un cauce
para la noche desbordada

Los árboles náufragos chapotean
en la montaña

Adiós

Por la avenida lánguida
el viento ronronea
estremecido

Y el sol se desespera

Sobre la rama
floreceda de pájaros
ha posado su vuelo tu palabra
última

Y tu mirada
tiembla bajo mis párpados.

Claridad

Epifanía

Hay un temblor en la montaña musical

Clavado en el monte el sol
faro de las nubes náufragas

Y en mis pupilas
tus pupilas ancladas

Epifanía

La luz se quiebra en tus mejillas

Exaltación

Los trinos de los pájaros
serpentinan azules como arroyos
vuelan de árbol en árbol

mañana recién brotada

y todas las campanas
corren por los tejados persiguiéndose

Clavada en lo más alto ondea mi esperanza

Amanecer

Infladas las mejillas
soplaba el viento en la llamita azul
de la mañana

Por la llanura
navegaban
las colinas

Y los árboles prófugos
volaban encendidos como globos

Sonreía
el cascabel del alba

Enredada en la luz
una estrella gemía
rezagada

ROMANCES Y CANCIONES

Romancillo de la primavera

Tengo la frente henchida
de trinos y de estrellas
y ha brotado hojas verdes
mi voz, ardida y seca.
Canta, corazón mío,
la Primavera.

Tú que posaste el báculo
de tu mirada vieja
sobre todos los lentos
caminos de la Tierra,
pobre corazón mío;
tú que en tu frente trémula
llevaste una montaña
de sombras y de penas,
corazón mío, canta
la Primavera

Canta sus noches altas,
sus altas noches ebrias

de estrellas rezumantes
y de músicas tiernas
y de sombras diáfanas
como velos de estrellas.

Canta sus días redondos
como lagunas ciegas
en los que el viento pulsa
las horas como cuerdas
y los pájaros alzan
surtidores de quejas
y las flores deslíen
sus risas por la yerba.

Canta, corazón mío,
la Primavera.
De mi garganta fluye
un río de voces nuevas.
Hay en cada latido
de mi sien, un poema.
Y ha brotado hojas verdes
mi voz, ardida y seca.

Pueblo

Sobre tu alameda,
mi pueblo andaluz,
arrastré la blanca
túnica de días
de mi juventud.

Sobre tus llanuras
aprendí a volar.
Fue mi corazón.
un palomo rojo
de tu palomar.

Sobre tus tejados
la yerba creció,
mientras en mi pecho
la yerbita clara
del primer amor.

Romancillo de la despedida

Colgado de tus ojos
como de dos escalas,
con la luz de tus manos
en mi frente apagada;
entre el blanco rebaño
de tus caricias claras;
bajo el palio encendido
de tus risas diáfanas
¡alegría del sol!
¡amor de la mañana!
déjame en tu recuerdo
arder, como una lámpara.

Florecerán los días
como huellas rosadas
bajo la gracia frágil
y dulce de tu planta
y las estrellas vivas
bajarán asombradas
a ceñirle un collar
de fuego a tu garganta.

¡Alegría del sol!
¡Amor de la mañana!

Los pájaros de oro
desde las verdes ramas
te tenderán extáticos
sus redes de diana
y los senderos trémulos
fulgirán como espadas
cuando los reverbere
la luz de tus miradas.

¡Alegría del Sol!
¡Amor de la mañana!
Colgado de tus ojos
como de dos escalas
déjame en tu recuerdo
arder, como una lámpara.

Romance de tus ojos

Cómo he buscado tus ojos
anoche, tus ojos negros.
Todo era negro en la noche.
Por las ventanas del cielo
veía asomar tus ojos,
tus ojos negros,
y los míos los buscaban
desalados por el viento
hasta volver a sus nidos
como pájaros enfermos.
De los árboles colgaba
tu negra mata de pelo.
¿Pero tus ojos, adónde?
¿adónde tus ojos negros?

Canción del alba

Como una flor nueva
se abre la mañana
alza sobre el viento
su voz la montaña
y exprimen las horas
zumos de naranja
sobre tus pupilas,
que fluyen miradas
colmadas y dulces
como campanadas.

Campanadas frescas,
brotes pensativos...
Dicen a tus ojos
su primer suspiro
el río y el árbol,
el árbol y el río.

Romance del viento

Se lamenta y se lamenta
atado a la noche el viento.

Suben sus gritos al monte
topan en el alto cielo
caen rotos a los barrancos
y se arrastran, lastimeros.

Se lamenta y se lamenta
atado a la noche el viento.

Plantó la noche viajera
sus tiendas en el desierto.
Descargó sus poderosas
pesadumbres de silencio.
Polvoriento de fatigas
remansó su fuga el tiempo.
Quedó la Tierra clavada.
Inmóvil el Universo.

El viento atado a la noche
crispado puño frenético
golpea sobre la frente
impasible de los cielos.

Se lamenta y se lamenta
atado a la noche el viento.
Ay, los bosques de la aurora
brotados de arbustos frescos.
Ay, las praderas del día
llenas de cauces abiertos.

Erizado de pavores,
crepitante de jadeos
por entre zarzas de sombra
busca su camino el viento.
Las mil manos de la noche
le van desgarrando el cuerpo.

Apártate tú, montaña.
Río, desvía tu vuelo.
Hinche tu pecho, barranco.
Abrete, horizonte ciego.

Que va el viento tembloroso
de la negra noche huyendo
hacia los bosques del alba
brotados de arbustos frescos,
hacia los prados del día
llenos de cauces abiertos.

Romance de la lluvia

Bajo los cielos tronchados,
sobre las sierras desnudas
mima la mano del viento
la melena de la lluvia.
Brillan los ojos del viento
sátiro de barba aguda.
La lluvia tiembla y sonrío
virgen de frágil cintura.

Bajos los cielos tronchados,
sobre las sierras desnudas
huye la lluvia encendida
de la encendida lujuria
que clava en sus carnes blandas
su avidez de garras duras.
Las rocas son como pechos
que se abriesen por sus puntas.
El sol una risa seca
entrecortada de luna.

Romance de la aurora

De la cueva de la noche
la aurora sale brincando.
Contempla el bosque asombrada
y lo penetra despacio.

Se inmovilizan los árboles
en el bosque empenachado
por los brazos de etíope
volando con las gaviotas

La aurora de ojos despiertos
que todo lo van mirando
penetra el bosque profundo
como un corazón cerrado.
Y el bosque bajo su planta
tiene temblores de pájaro.

La aurora lo corretea
buscando de árbol en árbol
los nidales aún calientes

que la noche ha ído dejando.
Sobre la morena piel
del bosque despabilado
brota un borbotón de espumas
cada roce de sus manos,
pone una flor de cristal
cada beso de sus labios.

Se va desnudando el aire
de sus velos enlutados
y mostrando la ternura
de su cuerpo sonrosado.
El cielo, inflado de azules,
se va elevando, elevando

tirando de la barquilla
del bosque regocijado.
La voz del bosque desbanda
el silencio atropellado.

Agazapado en el monte
el sol dispara sus rayos
y fuego al bosque, certero
prende, por cuatro costados.
En la hoguera matinal
bajo el cielo desplegado
la aurora, loca de llamas,
consume sus arrebatos.

Romance de la soledad

Aquí estoy sobre mis montes
pastor de mis soledades.

Los ojos fieros clavados
como arpones en el aire.

La cayada de mi verso
apuntalando la tarde.

Quiebra la luz en mis ojos
la plenitud de sus mármoles.

Tiene el tiempo en mis oídos
retumbos de tempestades.
Mi corazón se acelera
sobre el volar de las aves.

Vibra mi sien al zumbido
de los vientos y los mares.

Y aquí estoy sobre mis montes
pastor de mis soledades

Canción del despertar

Sobre mi desvelo
puso tu mirada
la gracia del cielo.

Floreció la espiga
roja del deseo
bajo mi fatiga.

Y abrió mi ventura
sus pétalos claros.
Sobre la llanura

tu mirada buena
como árbol viejo
sacudió mi pena.

Claridad de cielo:
caricia de mano
para mi desvelo.

Tu mano deshoja
su tierna caricia
sobre mi congoja.

Brisa temblorosa;
remedo del vuelo
de la mariposa;

caricia de acento...
Como iluminado
va mi pensamiento.

Y yo en la llanura,
con la frente viva
por la calentura;

con los ojos vivos...
Los árboles gimen
y tiemblan cautivos.

Yo que en la mañana
volteo mi gozo
como una campana.

TRES POEMAS DE TOLEDO

Zocodover

Plaza del Zocodover
ágil como una paloma
sobre la enconada piedra
de Toledo, vieja copa
desbordante
de negro zumo de horas.

Venta de aires

Luz y paisaje
para tus ojos:
Venta de Aires.

El Tajo enseña
su vientrecillo
sobre la yerba.

Lejos Toledo
con las almenas
de sus recuerdos.

Y cerca tú,
todo tu cuerpo
paisaje y luz.

Santo Domingo el Real

Santo Domingo el Real:
aúlla la noche crispada
debajo del soportal.

El puñal de los maitines...
Se le derrama la vida
a la noche por la herida.

Sobre el silencio
las campanadas hundidas
alzan burbujas de ecos.

Santo Domingo el Real...
La noche aúlla al pasado
como un can.

MOTIVOS DEL MAR

El corazón se me ha ido
volando con las gaviotas
sobre el mar enardecido.

Dentro de mí siento un mar
hinchido de sangre y luz,
sonoro como un cantar.

Sobre el mar y bajo el cielo
he de encender una hoguera
con tus recuerdos.

Abrevadero del mar
donde he bebido esta sed,
esta sed de eternidad.

Cantan en la tarde clara
las horas al arribar.
La horas que naufragaron
a la noche cantarán.

Quiero morirme en el mar
cara a la cara de Dios,
de frente a la eternidad.

MOTIVOS DE LA CIUDAD

En la ciudad crispada
las calles tiemblan y se alargan como sollozos
y el viento pulsa el violín de las campanas.

La ciudad suspendida del cielo como un fruto.

El sol humilde se desliza
por la ciudad canalizada.
Un árbol preso en la avenida
sueña con la llanura ancha,
Y el surtidor —arroyuelo enjaulado—
eleva al cielo su nostalgia.

Las iglesias ávidas del azul caliente
alargan sus cuellos de cisnes al sol.
Los quioscos gozosos levantan el vuelo.
Y ondean las casas su airón.

En la ciudad, amada, tu recuerdo
tiene un color suave de distancia;
reposo para el cuerpo, fatigado
de bracear la sombra enmarañada.

Angustia de ese grito
que ha venido temblando
por el aire llagado
a llamar en mi pecho
como un febril anhelo...

Angustia de ese grito
sabe Dios de qué pecho mensajero.

Desde la plaza se ve la sierra
fresca y jugosa. Desde la plaza
los ojos vuelan como palomas
hasta la frente de la montaña.
El aire es dulce como una mano
y el cielo es tibio como una falda.
Hacen su rueda lenta las horas...
Se ve la sierra desde la plaza.

MOTIVOS DEL CAMPO

El alba cruza cantando
hosanas por los sembrados.

La brisa se desmelenas
jugando sobre la yerba.

Va despertando el silencio
estremecido de ecos.

La montaña medita
La estrella repica
El árbol sonríe.

Muestra desnuda su carne,
color de llama, la tarde.

En los vuelos de su manto
hay flores, frutos y pájaros.

Fulge en su puño una antorcha
y en su hombro una paloma.

La montaña medita
La estrella repica

Pasa la noche su mano
sobre la frente del campo.

Pasan las colinas lentas
desplegadas como velas.

Pasan la luna y el viento.
Quedamos tú y yo y el cielo.

La montaña medita
La estrella repica
El árbol sonrío.

La montaña medita

Desgarrada en sollozos la montaña
tiembla bajo los vuelos
del ágil viento y de la nube lenta.
Sobre su frente ha madurado el cielo
y a sus plantas el río
mide hora a hora el tiempo.
Inmóvil la montaña con sus ojos
prende los horizontes de desvelos
y hay en su angustia un surco
tenaz, de pensamiento.

La estrella re-pica

En la noche dura
se acongoja el alma.

Vagan en la sombra
seltas las miradas
sin hallar su nido,
sin hallar su rama.
Medrosa la frente
siente la montaña
de la noche dura
pesar en sus alas.
Se exaspera el viento
dentro de su caja
como un sepultado
que resucitara.
En la noche dura
se acongoja el alma.

Y hay un son abriendo
dulce la distancia;

deshaciendo en músicas
la sombra compacta;
despertando el día ...
La estrella del alba.

El árbol sonríe

Onde el árbol sobre el campo inmóvil
como una idea.

Es viejo el árbol. Sobre su frente
posó su blanda mano la lluvia buena
y el buen sol; y sus párpados conocen
el beso de la dulce brisa ligera.

Es viejo el árbol. Impasible ha visto
pasar del tiempo la corriente lenta,
lenta y callada...

Tiene las sienas blancas y las pupilas yertas.

Es viejo el árbol.

Y su humildad oscura sonríe a las estrellas.

**PRIMAVERA EN EATON
HASTINGS**

(Poema bucólico con intermedios de llanto)

I

Porque te siento lejos y tu ausencia
habita mis desiertas soledades
qué profunda esta tarde derramada
sobre los verdes campos inmortales.

Ya el Invierno dejó su piel antigua
en las ramas recientes de los árboles
y avanza a saltos cortos por el prado
la Primavera de delgado talle.

Por el silencio de pendiente lenta
rueda la brisa en tácito oleaje
y apunta la violeta su murmullo
al pie del roble y de la encina grave.
En las aguas inmóviles del lago
anclan nubes y luces vesperales
y tiende el bosque sus flexibles redes
al vuelo prodigioso de tu imagen.

El sol azul con cuidadosas manos

rayos y brumas teje, en noble arte,
hasta dejar de tu color, amada,
la piel inmaculada de la tarde.

Te miro recostada sobre el césped
agua verde y verdor claro tu carne
tu rumoroso pelo embravecido
y el bosque de tu risa palpitante.

Alrededor de tus tobillos breves
ciñe la luz minúsculos collares
y abrazan a tus brazos poderosos
los tallos y las ramas verdeantes.

Pulsan las finas cuerdas del silencio
tus voces y los pájaros locuaces;
el cielo en plenitud abre sus venas
de calurosa y colorada sangre

¡y alza mi corazón su pesadumbre
como un nido de sombras un gigante!

II

Dentro del pecho oscuro
la clara soledad me va creciendo
lenta y segura... Hay luz en mis entrañas
y puedo ver mi sangre ir y venir
y puedo ver mi corazón... Afuera
se agolpan desojadas y sonámbulas
noches enracimadas.

Un atropello de silencios turbios
repta y ondula...
Señor que hiciste el verso y la amapola

haz las paredes de mi pecho fuertes,
duras como el cristal de esta ventana.

III

Pasear contigo en soledad perfecta
fondo azul de colinas y a los lados
árboles comprensivos vigilantes
el doble paso caricioso y lento.

Pasear contigo en soledad callada
al través de un silencio transparente
la frente levantada al sol que sube
orgullosa del brío de su vuelo.

Pasear contigo por la superficie
de redondez suave de la tierra
con lentitud perseverante y noble...
contigo y tu recuerdo y tu esperanza.

IV

Me pesaban los párpados con dulce pesadumbre.
Un tumulto de imágenes con retazos de sueños
afloró a mi conciencia...Acaso era día claro:
pero un postrer plumón de sombras me envolvía.

Palpitaba a mi oído el corazón del mundo.
En la pequeña noche de mis ojos cerrados
había estrellas pálidas y una luna redonda;
sombras de azules velos lentas la recorrían.

Un murmullo de aguas y un murmullo de pinos
se entrelazaban dóciles como dos ramas nuevas;
una delgada brisa pasaba entre los dos
y empapaba sus labios en melliza ternura.
Yo te veía cerca, dibujada en el aire,
del color de la noche, como ella sin relieve.
Mis brazos te buscaban cual ríos disparados...
Detrás de los cristales burbujeaba el día.

V

Yo te puedo poblar, soledad mía,
igual que puedo hacer rocas y árboles
de estas oscuras gentes que me cercan
¿Cómo, si no, llevar sobre los hombros
la ausencia? El ágil viento me conoce
y ayuda en mi trabajo: cada día
cuelgo del monte nuestro cielo limpio,
planto en el lago nuestra rubia era
y el ancho río de corriente pródiga
vacío lentamente...

Allí donde los pinos y los álamos,
donde la encina sólida y el roble
el claro olivo de verdor de plata.
Y sobre el culto césped
el triunfo de la espiga.
El sol muy en lo alto, fatigando
el aire con sus alas,
en el cenit su vuelo detenido.

Cómo su gracia y limpidez los ojos
me abrasan con su luz... No lo soñara
la torpe mano que me arrebatará
mi blanca Andalucía.

VI

Hoy que llevo mis campos en mis ojos
y me basta mirar para verlos crecer
siento vuestra llamada, prados de verde edad,
oigo vuestra palabra, árboles de cien años,
y os busco inútilmente a través de la tarde.
Ni el vuelo de los trinos ni el canto de las ramas
han de romper el duro silencio de mi boca.
Si me quedase inmóvil, como esta buena encina,
vendrían vuestros pájaros a anidar en mi frente,
y aún seguiría viendo con su blancura intacta
quién sabe si dormida, la España que he perdido.

VII

Tú que todo lo hiciste
—los pasos y el sendero— me has dejado
en libertad de andar a mi albedrío.
Pero yo doy al viento mis velas indefensas...
Sólo quiero mirar, mirar el agua
de intimidad azul, mirar el cielo
de grises bloqueado, y a la orilla,
el bosque de frescura inmarchitable.
Mis ojos son mi vida.
Aquello que mis ojos reflejaron
vuelve a su ser de nuevo verdecido.
Mirando voy creando
naturaleza pura, luz exacta.
el mundo que Tú hiciste.

INTERMEDIO

Llanto sobre una isla

Ahora

ahora sí que voy a llorar sobre esta gran roca sentado
la cabeza en la bruma y los pies en el agua
y el cigarrillo apagado entre los dedos...

Ahora

ahora sí que voy a vaciaros ojos míos, corazón mío,
abrir vuestras espitas lentas y vaciaros
sin peligro de inundaciones.

Ahora voy a llorar por vosotros los secos
los que exprimís vuestra congoja como una virgen sus pechos
y por vosotros los extintos
que ya exhaláis vapor de hieles
Ahora voy a llorar por los que han muerto sin saber por qué
cuyos porqués resuenan todavía
en la tirante bóveda impasible...
Y también por vosotras, lívidas, turbias, desinfladas madres,
vientres de larga voz que araña los caminos.
Un llanto espeso por los pueblecitos
que ayer triscaban a un sol cándido y jovial
y hoy mugen a las sombras tras las empalizadas.

Y por las multitudes

que pasan sus vigiliass escarbando la tierra...

Un llanto viudo por los transeúntes
tan serios en el ataúd de su levita.

Ahora

ahora puedo llorar mis llantos olvidados
mis llantos retenidos en su fuente
como pájaros presos en la liga.

Los llantos subterráneos
los que minan el mundo y lo socavan
los que buscan la flor de la corteza
y el cauce de la luz, los llantos mínimos
y los llantos caudales, acudan a mis ojos
y fluyan en corrientes sosegadas
a incorporarse al llanto universal.

Sobre esta roca verdinegra
agua y agua a mi alrededor
ahora sí que voy a llorar a gusto.

**PRIMAVERA EN EATON
HASTINGS**

(Continuación)

VII

De nuevo estoy en pie frente a mi mundo
el mundo que creé para mis sueños
con sus árboles altos florecidos
sus campos fatigados de verdes
y el cielo transparente sobre el campo
con sol por todas partes: en el agua
que acelera su paso bullicioso
en la brisa transida de pinares
en la cima veloz de la montaña.
Se me adelgaza el tacto de los dedos
se hace mi planta elástica y flexible
puedo flotar, saltar desde un barrote
al otro de mi jaula.
cantar balanceándome en el viento
alisar la montaña con mis manos
y detener el vuelo de los ríos.
Remonto la corriente
sorteo los escollos familiares
y anclo en la media noche:
cojo la luna blanca

y la traigo a mi recto mediodía
que la pinta de azul desvanecido.
Lanzo al espacio el lago soñoliento
con alboroto de las nubes quietas
y pasmo de los juncos fugitivos.
Cuelgo a las horas briznas de colores
para poder seguir con la mirada
su marcha presurosa por los aires...
La tierra, el mar y el cielo, mis amigos,
sonríen de mis juegos infantiles.

IX

A cada arbusto florido
ronda el viento enamorado:
le besa sobre las sienes
le lleva temblor de pájaros
le cuenta bellas historias
de vuelos imaginarios
hasta que el arbusto crece
a la altura de su llanto...

El viento tiene palabras
que no las comprende el árbol.

X

Con la frente a la altura de los robles
con las manos desnudas y el corazón ligero
vengo de andar el bosque en primavera.
El verdor de los campos florece en mis pupilas
y el trino de los pájaros atraviesa mis sienes.
Traigo aromas de pinos y hojas frescas
de álamos en los hombros.
Mi vieja pesadumbre se ha fundido en el agua
y canta río abajo entre las dos orillas...
La violeta de ayer
ha salido al camino para verme pasar.

Vengo de andar el bosque en primavera.

XI

El sol, el sol de fuego que quema las entrañas
ha descendido en líquidas venas incandescentes.
Arde el bosque profundo y arde el lago tranquilo
y arde mi corazón gloriosamente.

Siento cómo devora mis carnes miserables
hay dos llamas azules en mis cuencas vacías
chisporrotea el canto de las hojas inútiles
y lame mis costados como una lengua viva.

Se limpia mi osamenta y se desnuda.
Ya soy sólo materia, cal y fósforo...
Como la piedra inmóvil, gozo el sol que me funde
sin saber que lo gozo.

XII

Si me pusiese de pie, con todo mi dolor,
por cima de estas frescas lomas primaverales
que surcan en arroyos las aguas y los pinos
podría hablar contigo, Destino que me acechas,
Te presiento en lo hondo de este largo camino
que junta sus orillas allí donde mis ojos
no llegan con su vuelo: te adivino paciente
como el suelo que piso. No me engaña esta flor
de la voz diminuta ni me enreda en sus giros
este pájaro hueco. A través de la tarde
voy a ti todo recto como el día a la noche.

XIII

La Tierra dando vueltas va alejándose
con la soga del Tiempo a la cintura.
Fuera del tiempo y el espacio estoy
con mi vida enlazada por sus puntas.

La noches se prolongan en oscuras
estancias sin descanso
mientras pastan los días
yerba dorada al rubio sol del prado.

Yo recorro mi vida como un perro
andando y desandando mi camino.
Me es grato olfatear el aire nuevo
allí donde aún respira el aire antiguo;
a derecha y a izquierda
desperezar los ojos
y luego descansar, sobre la cumbre,
diciendo: esto fue todo.

XIV

Vienen del cielo a mis ojos,
van de mis ojos al cielo
azules, blancas, doradas ...
del color de mis recuerdos.
Se encuentran en el camino
y hacen su ronda de juegos;
se persiguen y se esconden...
¿dónde Sirio? ¿dónde Venus?
La noche gira suave
como una veleta al viento.
El silencio tiene un nombre:

Tu silencio.

INTERMEDIO

(Noche con estrellas)

Aunque te rompas, frágil bóveda, en mil pedazos
esta noche estrellada
yo tengo que gritar en este bosque inglés
de robles pensativos y altos pinos sonoros.
He de arrancar los árboles a puñados convulsos
he de batir el cielo con mis manos cerradas
y he de llorar a voces este dolor mordido
que brota a borbotones de mi raíz más honda.

Solo en medio de un pueblo que forja su destino
y rueda sus azares con temple calculado;
que trabaja y que juega y el domingo descansa
y toda la semana vigila los confines
con la mirada alerta de un perro de rebaño;
que traza sus caminos como quien peina un niño;
que devora las negras entrañas de su suelo
con una verde lengua de parques y jardines;
que cuida con ternura franciscana sus flores,
sus aves y sus peces, y esclaviza a la India;
solo en medio de un pueblo que duerme en esta noche
yo he de gritar mi llanto.

Aunque el silencio cruja y se despierte el cisne
—que es propiedad del Rey— y quiebre aleteando
las aguas impasibles; aunque las aguas corran
a golpear la orilla con sus tiernos nudillos
y el rumor se propague por el bosque curioso
y llegue a despertar la brisa que dormía
tras la colina curva; aunque la brisa vuele
a sacudir los prados y pulsar las ventanas
aunque el temblor sonoro se extienda a las estrellas

y perturbe un momento su formación tranquila
mientras duerme Inglaterra, yo he de seguir gritando
mi llanto de becerro que ha perdido a su madre.

**PRIMAVERA EN EATON
HASTINGS**

(Continuación)

XV

Andar es lo ordenado.
Seguir nuestro camino
llevando a los costados
el césped satisfecho
y el alto pino, demasiado alto.
Así nuestra palabra
va bien con nuestro paso solitario.

Tú sigue tu camino.
Yo quiero recostarme sobre el árbol
y ver pasar la tarde... Tanto tiempo
que mis ojos inmóviles
olvidaron su oficio
no han de negar su condición de espejos:
deja correr el río
deja volar la nube
por mis ojos abiertos y tranquilos.

XVI

Para tener una gran voz que te contara
—allí donde tú estés— mi sueño de esta hora...
Si se lo digo al árbol
¿quién llevará el mensaje a través de las aguas?
Si se lo digo al viento
¿quién guiará sus potros a través del espacio?

Te lo diré al oído, sombra que me acompañas.

XVII

Hoy quiero hacer un verso que lleve un vuelo curvo,
que camine conmigo y dé la vuelta al lago:
así veré tu techo perenne de verdores,
bosque primaveral, y soñará mi frente
una evasión posible por un cielo de hojas:
así veré mi imagen mecida por tus aguas
que fingirán la cuna que han hecho azul los años:
enredaré mis ojos en tus violetas breves,
saludaré de paso al roble enternecido
que ayer cruzó su rama con mi mirada amiga
y al sapo que me huye con infantil torpeza;
el aire que me lleva con alas juveniles
me traerá despacio como un aroma lento:
y volveré a sentarme sobre esta misma piedra
y como el agua inmóvil seguiré hablando solo,
conmigo y con el cielo...

XVII

Oh, fuego, hermano fuego:
mirar, sólo mirar tu llama pura
fiera y perpetuamente renovada
da vigor a mis alas y a mis voces.
El dócil leño que te entrego ahora
sabe más de soberbias resignadas
que el corazón pequeño de los hombres.
Ayer el sol de acero lo bruñía
y lo mecía el viento enamorado:
ayer las hojas verdes le brotaban
cuál un sudor de cándido rocío
y lo lamía la inocente lluvia
como una res tranquila;
era su pompa orgullo de los prados
y norte de los juncos su estatura:
su pedestal buscaban los arroyos
como las flores tímidas su sombra:
hoy es él mismo flor y sol y lluvia.
Mirándote tenaz, paciente y terco,
con tu rosada lengua infatigable

devorando a los troncos y a las horas
hasta lograr, pavo real del viento,
la plenitud de tu cenit glorioso
fluye sereno el pulso
y la labor diaria se remansa
consciente del camino y de la meta.
¿Qué me dice tu luz, que no es luz sólo,
sino calor cordial, lumbre de aurora?
Mi soledad se funde en tu regazo
y alrededor de mi cintura siento
mil brazos que florecen.
Fuera el duro granizo
apalea los campos.
En el hogar tu llama
igual que un corazón, palpita y canta.

XIX

Hoy el sol puntual faltó a la cita.
Mis ojos le han buscado en vuelo lento
por todo el horizonte.
Y el cielo reducido palidece en la espera.
Sobre los verdes campos
la lluvia se destrenza perezosa.
Su desnudez es casta como un mármol.

XX

El verso humano pesa.
Yo lo cojo en mis manos
y siento que me dobla las muñecas.
Mi traspiés juega mal con el camino
y mi dolor contigo, oh blanca primavera.

A veces de lo hondo del silencio
que bordean las flores y la brisa
acude el largo grito a mi garganta.
La primavera rápida se esquivo,
se rompe en mil pedazos
el aire de veloz cristalería
y cubre el sol sus desnudados miembros
como una virgen tímida.
Yo quedo sobre un monte de tinieblas
aullando al horizonte de mi vida.

Desde esta primavera luminosa
¿por qué no recordaros,
vosotros que conmigo compartisteis

la lluvia y el espanto?
De vuestra sencillez sabe esta agua,
de vuestra dignidad sabe este árbol.
Acaso vuestros rostros en borrasca
rimaran mal con este culto prado:
pero también su cultivado césped
lo ha sido por las manos.
Hombres de España muerta, hombres muertos de España.
¡venid a hacerles coros a estos pájaros!

**COLOQUIO DE LAS TORRES DE
ECIJA**

Coloquio

No el viento ni las sombras con su suspiro largo
con su silencio móvil y su enfermiza yedra
sino el sol vertical, el sol de mediodía
que se desangra a siglos como una enorme vena,
el sol que va dorando su piel y madurándola
hace cantar las torres transparentes de Ecija.

Cuando el diamante puro del día resplandece
y da sus mil destellos al cielo y a la tierra
cuando la blanca luz dibuja los contornos
y hace la vida clara y limpia y verdadera
ya las sombras en fuga por los montes lejanos
da principio el coloquio de las torres de Ecija.

Por el aroma roto de un recuerdo

Por el aroma roto de un recuerdo,
como por un incienso mutilado,
brotas de la memoria en que me pierdo
cristal sin luz, metal acongojado.

Contigo traes el llanto de la encina
y la cinta sin mácula del hielo.
Contigo el ronco viento de la esquina
y el tierno y largo jadear del suelo.

Contigo traes, a tu costado atado,
el mar de ancho pulmón y duro acento,
y a la húmeda sombra del costado
el río soñador y soñoliento.

La brisa que fue ala sollozante
el cielo que fue verde praderío,
el trabajado lirio de diamante
y la oliva, viajera por el río;

el toro inmóvil, la veloz espiga
contigo traes, de mi memoria brotan
y en un dulce atropello sin fatiga
por la corriente de mis hombros flotan.

Dejadme a mí, dejadme a la ventura
andar, llorar sin voz, mirar en vano
hasta caer sobre la tierra oscura
con la frente en el cuenco de mi mano.

Canción

Tu voz al silencio unida
río de una sola orilla
azul veta de las sombras
azules, senda sonora
que une el día con el día

Tu voz al silencio unida
y sobre tu voz tu risa
con las velas desplegadas
dejando una estela blanca.

El silencio desanilla
sus ondas inmaculadas.

Tu voz al silencio unida
y sobre tu voz tu risa
y sobre tu risa clara
el vuelo de tus miradas.

Canción

Guadalquivir:
El espejo de tus aguas
sabe del rodar suave
de las tardes sevillanas.

Ay, río que se me va
Ay, tarde que se me escapa,

A cada paso del río
va adelgazando la noche
y las estrellas menudas
ya nos parecen enormes.

Capitán, pronto, la brújula.
Que este río no va al mar.
Que va a la luna.

Responso

Cadáver de la noche
de carnes devoradas por los minutos ágiles
que pululan febriles por el liso costado
inmóvil bajo el vuelo de los astros insomnes.
Que los rojos hachones de la tarde y la aurora
protegen de la ruda profanación del sol.

Tendido sobre el mundo de cara a la estrellas,
flotando sobre el tiempo como un madero inútil...

Sepultemos la noche en la fosa profunda
donde ríen y lloran los huesos de los siglos,
bajo la costra pálida de luz impermeable
¡Que no horadarán nunca los ríos de mis ojos!

España

Tus cordilleras de salvaje aliento,
tus íntimas, profundas, dulces vegas;
tus eriales rutilando al sol
como medallas a tu pecho presas
y tus altos castillos, apoyando
en su bastón, una vejez sincera,
contemplo eternamente, España mía,
sobre la palma de mi mano abierta.

Cinco sonetos

A Luis Jayme

I

Por el costado de la tarde aquella,
curvo y suave como tu mejilla,
fui resbalando hasta la pura estrella
que hoy en el pecho de mi noche brilla.

Fui pájaro, fui viento, fui centella.
Surqué las horas con ligera quilla
y contemplé la huella de mi huella
como un álamo roto de la orilla.

Remonté la corriente decidido.
Luché furioso con sus sordas olas.
Vencí. No más seré de lo que he sido.
Hincada mi raíz en su costado
quiero quedarme con mi noche a solas
como en un caserón abandonado.

II

Mi sueño allá y aquí la lluvia larga
y estas piernas que ya no me obedecen
y estos bramidos hondos que me crecen
del corazón como una yerba amarga.

Mi pecho aquí y allá la cordillera
que abre en dos —cierra en dos— nuestras dos vidas
y el pasmo de estas nubes convertidas
en llanto vertical sobre mi era.

En el silencio de tu voz me pierdo
y siento el puño de la linde eterna
trizar mi frente de cansado león.

Llenan la noche el viento y tu recuerdo.
Bajo la misma ruda mano tierna
tiemblan el árbol y mi corazón.

III

Mis ojos guías de ideal seguro,
mis pasos huellas de camino incierto,
y este nunca cansado río oscuro
con su latir de can, siempre despierto.

Atrás la sima y en la frente el muro,
el mecanismo de la sangre abierto,
entre la niebla y el relumbre puro
me duele el corazón de no estar muerto.

Con temblorosa, ávida mano, un poco
de sombra y luz, moldeo, esculpo, acuño,
de la vida inmortal que no he vivido.
Vengo, voy, retrocedo, avanzo loco,
mientras pretendo retener a puño
la sombra de la sombra de un olvido.

IV

Ahora que el cielo sorbe la llanura
y el sol detiene absorto su carrera
veo mi vida como loca esfera
girar de día claro en noche oscura.

Pesa la noche su montaña dura
sobre el regazo de la rubia era
y en vano busco antigua primavera
que encendía la sombra y su espesura.

La arena gris de lo pasado, ciega
mi mirar que se afana enfebrecido
en ver aquello que ni el eco nombra.

Y en cuánto la memoria se me niega
sigo mirando lo que hará el olvido
vencida luz a la insaciable sombra.

V

Una glosa de Nervo

Encima de las horas, a la orilla del cuento,
detrás del día y de la noche están,
Nos ven temblando bajo el firmamento...
Las cosas llegan, nos hacen daño y se van.

Rotas las sienes y húmedo el lamento
quedamos solos con nuestro dolor.
Al fondo de la tarde canta el viento
y al filo de la aurora el ruiseñor.

Pájaros de mil tiempos cantan de igual manera.
Gira un poco más lenta la cristalina esfera.
Cabriolea Pan.
Y entre un humo de estrellas y un resplandor de rosas
tronchados como juncos, vemos cómo las cosas
llegan, nos hacen daño y se van.

Río de aguas amargas

¡Qué azul tu fuente! Tu manantial
qué azul y limpio! Puras aguas serranas.
Fluías con holgura y blandamente
ceñías a la tierra tu vena inmaculada.

Las estrellas nacían, una a una,
de tu regazo azul, azules y doradas.
El sol te visitaba cada día,
las nobles brisas sobre ti rodaban
y vestían tus músculos azules
las verdes flores y las guijas blancas.
Divirtiéndote tu ocio en cada curva,
cierto de que tu cauce te aguardaba
fluías con holgura y blandamente
ceñías a la tierra tu vena inmaculada.
(Recuerdo un día joven
que alborotó tus aguas
y recuerdo la noche, comprensiva,
halagando tu sueño y tu esperanza.)

Después... qué bueno es Dios; qué bien sabe su oficio!
Hizo ágil la mañana,
violento el mediodía,
lenta la tarde de violeta escasa
y profunda la noche,
tranquila, dulce, acogedora y blanda.

Donde el laurel, espinas;
donde las guijas, rocas dentelladas;
sollozos por suspiros
y por luceros, lágrimas.
Para brazos inválidos
y el de mis ojos, vuelo de avutarda
a la hora de las horas
distantes las riberas y la vertiente rápida.

Hacia la mar eterna,
a reventar sus aguas,
a amargarlas por fin y de una vez,
río de aguas amargas.

Pez azul de las aguas

A Horacio Guerra García

Pez azul de las aguas
que se deslizan, saltan, se alborotan
sin grilletes de cauces
ni peñas rompedoras.
Nubes de tierna carne transparente
flotando libres por el cielo a solas.
Árboles de ágil vuelo
y flameantes copas.
Sol de saltos de ardilla
deshilvanando sombras.
Aves de plumón blanco,
velas de brisa, olas,
alegría! alegría!
Hasta que el alma se revierte absorta
a esa caverna de coral y nácar
que está en la entraña de la roca.

Yo te he vivido íntegramente, noche

Yo te he vivido íntegramente, noche,
que ayer soñé, o antes de ayer, o nunca.
Te vi zafarte de la blanca zarza,
desbordar tu agua pura
e inundar de silencios
del hondo valle hasta la cresta aguda.
Cuando erguiste tu tallo
la dulce paz manó de las alturas.
¡Tu piel, qué azul y limpia!
¡Tu estrella, qué desnuda!
El rumor de tus ondas
¡qué inexplorada música!
Mi lento corazón ciño su vuelo
al orden de tus plumas.
Del choque de tus sombras
con la impasible luz, nació la espuma.

Hay que llorar

A Lorenzo Luna Curiel

¡Hay que llorar! ¡Hay que llorar!
—¿Llorar, por qué?

Vuelcan los cielos sobre los campos
risa gloriosa.
Ríe el almendro
con sus mil bocas.
y el sol se aleja dejando un eco
de risa roja.

¡Hay que llorar! ¡Hay que llorar!
—¿Llorar, por qué?

Ríe tan cándida
la verde hoja...
La luna ríe
pálida y sola.
Y en el mar crespo
ríe la ola.

¡Hay que llorar! ¡Hay que llorar!
—¿Llorar, por qué?

Ríen los pájaros sobre la tarde
la brisa ríe sobre la onda
ríe la tierra con sus entrañas
graves y pródigas
y en un silencio de noble música
ríen las sombras.

¡Hay que llorar! ¡Hay que llorar!
—¿Llorar, por qué?

Calladamente cuando se apagan
ríen las horas.
Ríen los troncos al consumirse
con una risa deslumbradora.
Ríe la risa del serafín.

¡Hay que llorar! ¡Hay que llorar!

—Pero no puedo. No tengo lágrimas.

—¡Pobre de ti!

En la alta noche

Alguna vez, en la alta noche, siento
por mis hombros un río de tristezas
pasar, y oigo las horas detenerse,
y veo las sombras agruparse inquietas.
Digo que es noche alta, y que el silencio
tirante y duro, me devuelve en trémula
palpitación jadeante, eco preciso,
el latir de mis venas.
Solos la noche y yo, con mis dos manos
sacudo el tronco de feroz corteza
hasta ver desprenderse de la copa
tiernos luceros, pálidas estrellas,
y me sonrío con mi secreto... dentro
de mil años, caerán sobre la tierra.

Se fue la luz

A Alejandro Pérez Lías

Se fue la luz porque esta luz no canta
con igual voz ni cree al mismo cielo.
Se fue el amor porque este amor no eriza
la crin áspera y ruda de mi pecho.
Se fue el dolor porque este llanto mío
no riega ni fecunda mi desierto.
Se fue la paz porque esta paz vacía
no alimenta la hoguera de mis sueños.
Y ahora aquí estoy sentado, viendo pasar las horas
mudas y los días de ojos como de yeso.

¡Que viene don Quijote!

A Luis Fumagallo

Ni el Eclesiastés, ni el Kempis,
ni el Infierno del Alighieri,
libros tan tristes son como el que tú escribiste,
Don Miguel de Cervantes.

Permite que levante mi palabra
como una humilde copa, en tu loor.

Maestro!
Padre de mi lenguaje,
rector de mis ideas,
alimento celeste de mis sueños,
pastor de mis tristezas;
tú, sí, Señor de España y mil veces Señor,
oye mi voz, allí donde tú estés,
lisiado y pobre,
veterano de todas las desdichas,
huésped de toda cárcel,
tú el más noble de todos,

buen esposo y buen padre,
militar y poeta y funcionario probo,
y el genio de más alas que conoció la tierra,
a quien sólo los hombres dieron penas,
lluvia de llanto el cielo,
frío de espina los caminos largos...
Que quiero ver tu barba temblorosa
y tus ojos de fiebre enternecidos,
tan claros y suaves
de verlo todo y comprenderlo todo.

Tú sí, español de cumbre,
castellano de acero,
ven acá, buen amigo,
que tú nunca supiste de adulación torcida:
Reina el dolor y la injusticia reina
en el mundo que tú nos descubriste.
La fuente de tus ojos, nunca exhausta,
sigue fluyendo por los ojos míos
y por los ojos de mis semejantes.
Todo el mundo es la Mancha
y un silencio de polvo
cae sobre el corazón, pesadamente.

¿Qué oigo? Un sonar de cascos,
una parla de arroyo,
una sentencia aguda,
una frase a la luz, como una flecha...

Es Don Quijote, tu Quijote, hermano,
y el mío y el de España y el del mundo.

Y el fiel y noble Sancho sobre Rucio a su vera,
y Rocinante caracoleando,
y en el brazo la lanza,
y al viento el corazón, no la coraza,
y la frente a los cielos con yelmo de cartón.
Señor, Señor de todos ¿se hará el milagro ahora?

Que los gigantes, de verdad gigantes,
caigan a tierra como espigas rotas.
Que las princesas, de verdad princesas,
sean rescatadas de las zafias manos.

Libertad para el preso,
justicia para el pobre,
respeto para el loco,
para el gobernador honrado, ínsulas,
y palabras de miel y aros de sol
para la dulce, dulce Dulcinea.

La ancha risa a los campos
y el dolor en la entraña,
si en la tierra el tropiezo
el ideal arriba, más arriba,
¡que viene Don Quijote y va hacia Dios!

Umbral de la muerte

A Vicente y Cecilia

I

Sin otra compañía
que la palabra que balbucea su sentido,
con la frente apagada y el alma en agonía,
sin aguas que alimenten mi vista ni mi oído...

Las cosas han perdido
su color y su forma, la luz su melodía
y el mundo de los astros su perenne latido
que es corazón de Dios y radiante eufonía.

Anegado en silencio yo silencio segrego.
Lo que es ya no existe; lo que fue no ha nacido.
Ni un resquicio siquiera para el último ruego.
Vivo y muerto a la vez, alerta y ciego,
sin armas ni herramientas, que las hurtó el olvido
¡aún quiero interpretar este inmortal sosiego!

II

De ti, silencio, nacen
la paz de dulces venas, las solitarias naves.
Sobre tu tierno césped siglos y mundo yacen
sin perturbar el vuelo de sus briznas suaves.

De ti nace la espuma
sin golpear el hombro de la sufrida piedra,
de ti la blanca bruma
que eleva al cielo su implorante yedra.

Los pájaros sin ramas y sin nido
cantan gloriosamente en tu abrigado
seno de vieja madre comprensiva.

La sangre sin calor y sin latido
fluyendo por tu valle soterrado
cultiva en viva luz su siempreviva.

III

Isla petrificada sin árboles ni céspedes
desentrañado mar de retenido aliento
aire deshabitado de musicales huéspedes
y cielo riguroso de gris y duro acento.

Listo el salto del alma por el ágil vacío
rumbo firme a la nada:
blanca la mente, negra la vista, azul el frío
y erguidos ante Dios el miedo y la mirada.

Ni el viento de tus barbas precipita mi paso
ni lo contiene el monte de tu implacable frente.
Aquí estoy, aquí estaba ya cuando tú naciste.

En unánime vuelo van mi aurora y mi ocaso.
Como estatua de sal te miro fijamente
porque tú eres mi Dios y yo estoy triste.

IV

Para mi nuca un monte, para mi cuerpo un llano,
ríos para mis brazos, mares para mi aliento.
Tendido como un tronco en el arcano
suspendo el corazón y el pensamiento.

Cuántos siglos viví con este anhelo
de tumbarme a lo largo de mi vida
hasta tocar con la mirada el cielo
y con los pies la sombra enternecida.

Flotar suave por el tiempo inerte
olvidándome lento de mí mismo
hasta quedarme transparente y hueco.

Traspasar los umbrales de la muerte
y hundirme poco a poco en el abismo
sin fondo, sin orillas y sin eco.

Índice

EL ALA DEL SUR / 13

Pueblo	15
Mansión	16
Sol	17
Mañana	18
Paseo	19
Nocturno	20
Novia	21
Ciudad	23
Evocación	24

ACORDES / 27

RITMOS CÓNCAVOS / 41

Domingo	43
Luz	44
Madrigal	45
Caminante	46
Tormenta	47
Primavera	48
Plenilunio	49
Mar	50
Angelus	51
Silencio	52
Sur	53

Crepúsculo	54
Adiós	55
Claridad	56
Exaltación	57
Amanecer	58
ROMANCES Y CANCIONES / 59	
Romancillo de la primavera	61
Pueblo	63
Romancillo de la despedida	64
Romance de tus ojos	66
Cancion del alba	67
Romance del viento	68
Romance de la lluvia	70
Romance de la aurora	71
Romance de la soledad	73
Canción del despertar	74
TRES POEMAS DE TOLEDO / 77	
Zocodover	79
Venta de aires	80
Santo domingo el real	81
MOTIVOS DEL MAR / 83	
MOTIVOS DE LA CIUDAD / 89	
MOTIVOS DEL CAMPO / 97	
La montaña medita	102
La estrella re-pica	103
El arbol sonrío	105
PRIMAVERA EN EATON HASTINGS / 107	
I	109
II	111
III	112
IV	113
V	114
VI	116
VII	117

INTERMEDIO LLANTO SOBRE UNA ISLA / 119

PRIMAVERA EN EATON HASTINGS / 123

VII	125
IX	127
X	128
XI	129
XII	130
XIII	131
XIV	132

INTERMEDIO (NOCHE CON ESTRELLAS) / 133

PRIMAVERA EN EATON HASTINGS / 137

XV	139
XVI	140
XVII	141
XVII	142
XIX	144
XX	145

COLOQUIO DE LAS TORRES DE ECIJA / 147

Coloquio	149
Por el aroma roto de un recuerdo	150
Canción	152
Canción	153
Responso.	154
España	155
Cinco sonetos	156
I	156
II	157
III	158
IV	159
V	160
Rio de aguas amargas	161
Pez azul de las aguas	163
Yo te he vivido íntegramente, noche	164
Hay que llorar	165
En la alta noche	167
Se fue la luz	168

¡Que viene don Quijote!	169
Umbral de la muerte	172
I	172
II	173
III	174
IV	175



De soledad y otros pesares de Pedro Garfias se terminó de imprimir en febrero de 2017, en los talleres de Serna Impresos, S.A. de C.V. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jessica Nieto Puente. Formación editorial de Emanuel García. Ilustración de portada: Armando López.



NUESTROS CLÁSICOS



De soledad y otros pesares

Pedro Garfias

De soledad y otros pesares apareció por primera vez en la Universidad de Nuevo León el 11 de mayo de 1948. Pedro Garfias, vagamundo poeta nacido en Salamanca (España, 1901) llegó a Monterrey totalmente desprotegido a causa de la derrota de la república española. Tras la consolidación fascista y dejando atrás su iniciación en el ultraísmo junto a Borges y Gerardo Diego, más la edición de *El ala del sur* (1926), más el Premio nacional de literatura que le otorgara –entre otros– Antonio Machado a su libro *Héroes del sur* (1938), más la elaboración del poema-libro que culmina poéticamente el exilio hispano: *Primavera en Eaton Hastings* (1939), más el abrazo fraternal que significó “Entre España y México”, canto lírico escrito a bordo del Sinaia que depositó en Veracruz a muchos de los que compartirían –ya para siempre– la condición de *transterrados*.

Con toda esa riqueza literaria Garfias fue admitido por Rangel Frías en el claustro universitario y, a la par de sus recitales e intervenciones editoriales, le fue publicado *De soledad y otros pesares*: “tres etapas, distintas y distantes, de mi poesía. Lo demás pertenece aquí, a México y Monterrey; lo debo a mi segunda y amada patria”. Desde 1967 sus restos mortales descansan en uno de los más tradicionales panteones de nuestra ciudad.

Miguel Covarrubias

ISBN 978-607-27-0720-7



9 786072 707207



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL